



¿Está usted satisfecho de la comunicación con su pareja? ¿Se ha quejado alguna vez usted o su cónyuge de incomunicación conyugal? De contestar afirmativamente a la cuestión anterior, ¿se ha preguntado o ha reflexionado acerca de cuál puede ser la causa?, ¿ha tratado de ponerle remedio?

Las preguntas que inician este prólogo no tienen como propósito causar una cierta fascinación en el lector potencial de esta publicación, de tal manera que, apenas abierta la primera página de este libro, se diga a sí mismo: «¡Caray, esto es justamente lo que a mí me pasa!». Es cierto que esto también puede suceder, pero ésta no es, en absoluto, la intención de quien esto escribe. Más bien, por el contrario, lo que aquí se pretende es abrir nuevas vías de información, a fin de que la pareja reflexione acerca de sus problemas y los solucione.

Las instrucciones a los lectores, que me permito hacer para un mejor aprovechamiento de su contenido, se enumeran a continuación:

1. Lean, cada uno de los esposos por separado, un capítulo cualquiera de esta publicación.
2. Subrayen, anoten y cuestionen por escrito, en sus márgenes, cualquier comentario que su lectura les suscite, con tal de que estén referidos, en concreto, a lo que sucede en su pareja.
3. Póngase de acuerdo con su cónyuge para charlar, entre ustedes, acerca del capítulo que ambos han leído previamente, aunque de forma independiente. Por favor, no se equivoquen de capítulo; si lo hacen, es muy probable que se produzca un nuevo conflicto, lo que aumentará todavía más la incomunicación entre ustedes.
4. En esa reunión conyugal, procuren no saltar de un capítulo a otro. Limiten su conversación solamente al contenido del breve capítulo que han leído, y examinen hasta qué punto se dan esas circunstancias o no entre ustedes.
5. Traten de identificar las causas por las que acontece esa incomunicación en la pareja. Y, sobre todo, no se detengan demasiado en el análisis de lo que ya ha pasado. Centren su atención en las posibles soluciones que hay que arbitrar, en los cambios que es preciso que cada uno realice, de manera que, por un lado, recuperen el diálogo entre ustedes, y por otro, la comunicación emerja de nuevo con la fluidez que le es propia, y con el ritmo remansado y sereno que el respeto y la dignidad de ambos exige.
6. Y no olviden una cosa muy importante: no se equivoquen al seleccionar el día, la hora y el escenario que sea más apropiado —el más confortable, íntimo y relajado—, para reencontrarse mutuamente y, con las ilusiones renovadas, a

partir de esa experiencia, volver a recomenzar la recíproca admiración y el afecto mutuo.

Los anteriores avisos al usuario son, en su mayoría, muy positivos en su contenido y también en su formulación. Lo cual no significa que no puedan agitarse, en uno y en otro, esos fantasmas soterrados y pesimistas que habitan, casi de continuo, en lo más hondo de la interioridad de cada cónyuge.

Se entiende que esta experiencia del encuentro entre personas no es el lugar apropiado para resolver las dificultades de los hijos, hablar de problemas económicos, echarse en cara los propios defectos, apelar a los antiguos resentimientos, criticar a las respectivas familias de origen, tratar de apresar quién es el culpable de la incomunicación, o esas mil y una cosas que, a pesar de su diversidad, todos entendemos con el término genérico de «pasar factura».

En síntesis, se trata de que hablen de ustedes, de la comunicación entre ustedes —siempre que se proyecte a lo que convendría hacer en el futuro—, y sólo de ustedes. Y eso, porque ustedes son los más importantes, los extremos imprescindibles e irrenunciables sobre los que ha de extenderse el difícil arco dialógico de la comunicación interpersonal.

Por último, una advertencia adicional. El segundo fragmento que sigue, a continuación, en esta presentación puede presentar algunas dificultades a la comprensión del lector. Si éste fuera el caso, amigo lector, sáltelo, sin ninguna duda. Le prometo que cualquiera de los otros capítulos que jalonan este librito son muy comprensibles y están, además, salpicados con algunos diálogos y anécdotas de lo que sucede, con mucha frecuencia, en la comunicación entre los cónyuges.

En cualquier caso, desde aquí, pido perdón por la inclusión en esta presentación del fragmento que sigue, quizás por haber hecho difícil lo fácil. Vaya en mi defensa el que no haya podido superar esa repugnancia natural de mi razón a hacer demasiado fácil lo fácil, cuando esa nota no es, en modo alguno, una característica de la comunicación conyugal.

* * *

Mientras redactaba las líneas anteriores, se me ocurrían otras muchas consideraciones, que suscitaban en mí algunas dudas poderosas. Aunque no es éste el lugar —una presentación debe ser siempre muy breve, y, cuanto más breve, mejor—, no resisto a la tentación de plantear la cuestión que considero más nuclear y relevante en esta materia.

Las líneas que siguen se alzan con el deseo de que, a ser posible, ningún lector considere que la comunicación esponsal sólo haya de ser importante para que «funcione» la relación conyugal. Al contrario, en mi opinión, la comunicación esponsal es mucho más que eso; y, si me apuran, porque es el origen y una de las causas de la profunda y actual crisis familiar y cultural.

Sin duda alguna, la mayoría de las personas suele poner el corazón por encima de cualquier otra cosa. Al ser humano, parece importarle más —en lo que se refiere a su felicidad— los sentimientos que los pensamientos, las emociones que las ideas, el sentirse querido que la especulación intelectual.

Además, en la actualidad, todo esto está muy de moda, tal como se manifiesta, de un modo especial, en la relevancia que se otorga a términos como «inteligencia emocional», «autoestima», «autorrealización», «educación sentimental», etc.

No puedo ni debo manifestar aquí, dada su obvia complejidad, mi personal punto de vista acerca de estos temas y de sus posibles errores, tal y como hoy han sido formulados. Sin embargo, es cierto que, en todo ello, hay mucho de verdad, aunque, luego, tal vez se formule como verdades incompletas, semiverdades o verdades a medias, que acaban por ser, en las personas en que impactan, una radical mentira.

Aunque parezca que estos temas son de hoy, no lo son en absoluto. Basta con que el lector piense, de acuerdo con los clásicos, en las relaciones existentes entre *logos* y *eros*, *eros* y *ágape*, *pathos* y *logos*, *eros* y *pathos*, *pathos* y *ágape*, *mithos* y *eros*, y *eros* y *techné*. Las categorías anteriores deberían ser consideradas específicamente en el ámbito de las relaciones conyugales, por ser éstas un tipo de relaciones muy especial. Prometo escribir un libro sobre estas relaciones inextricables que configuran el tejido del diálogo conyugal, desde las referencias de las anteriores categorías, si la «prórroga» vital de que disfruto en la actualidad se prolonga en la suficiente cuantía.

El origen de los anteriores términos y de las relaciones que cabe establecer entre ellos está en la filosofía griega, y su vigencia, desde entonces hasta hoy, no ha cambiado. Éstas son cuestiones medulares que configuran el núcleo vivo en que se acuna la subjetividad humana, para, desde allí, vertebrar las relaciones interpersonales, a través de las cuales se satisface o frustra la dimensión dialógica de la persona y la felicidad o infelicidad que sigue a ésta.

Concretamente, me detendré aquí en las relaciones entre *eros* y *logos* en el contexto de las relaciones conyugales. Sin duda alguna, gran parte del desarrollo —no sólo tecnológico y científico, sino también humano— de la actual cultura tiene una deuda contraída con el *logos*.

Desde Aristóteles, conocemos la importancia del *logos*, en tanto que voluntad ordenadora, sistema racional y búsqueda de la verdad.

Sin el conocimiento de las cosas a través de sus causas —y éste es el concepto de ciencia todavía hoy en uso—, ningún avance científico habría tenido lugar. A lo que parece, el conocimiento —aunque no todo conocimiento— depende del *logos*. De aquí, la función insustituible que desempeña el *logos*, la razón. Lo propio del *logos* es apresar, con claridad y certeza, la esencia de las cosas, ordenarlas, desentrañar su verdad, discernir entre lo que es verdadero y falso, permitir que el sujeto cognoscente y la cosa conocida se identifiquen.

Pero no todo puede ser elogio en la manera como la persona ha hecho uso del *logos*. De hecho, la razón ni es omniabarcante ni lo explica todo, como tampoco es lo único importante de la existencia humana. Vinculado al *logos*, se da, en no pocas ocasiones, una cierta propensión a dominar la realidad, a circunscribirla y hacerla cautiva en las estrechas redes de su lógica interna, incluso a sojuzgarla imprimiéndole sólo una determinada dirección, que, probablemente, no es la mejor ni la más realista.

Al *logos*, también hay que conferirle —especialmente, cuando se usa mal de él— un cierto afán dominador, un monopolio hegemónico relativamente tiranizante. De aquí que la racionalidad suela asociarse a la frialdad, además de a lo críptico y obtruso de su discurso, que, naturalmente, no sintoniza con la vida, no conmueve a la persona ni la hace vibrar en su misma sintonía. En este punto, habría que afirmar que, en ocasiones, el orden impuesto por la racionalidad acaba por desordenar a la persona e infringirle un flaco servicio.

Cuando el *logos* impone su dominio de esta forma, la racionalidad que le caracteriza deviene en irracionali-

dad deshumanizante. Entonces, surge la rigidez, la ordenación asfixiante, la inflexibilidad, la tiranía de la norma; en una palabra, la imposibilidad de que, bajo su dirección, la persona se decida a la búsqueda amable y anhelante de la verdad.

En ciertos sectores de la cultura actual, el *logos* se ha convertido en razón instrumental, en dominio de lo real sólo en tanto que utilidad, interés y rentabilidad, en lo que el lenguaje economicista entiende como «cuenta de resultados»:

La absoluta hegemonía de la razón conduce, pues, a todo esto, con la característica de que esa hegemonía no está fundamentada en la misma razón, sino en la irracionalidad. De aquí que pudiera diagnosticarse esta situación como la consecuencia del uso irracional de la razón, como una utilización alógica del *logos*, como una instrumentalización mediática con desconocimiento de lo que es su propio fin.

Así las cosas, el *logos* se ha transformado en poder, a costa de disolver, después de frustrar, el saber acerca de la verdad, que es su propio fin. En principio, un *logos* así concebido satisface la formulación de la propuesta del positivismo comtiano: «*conocer para saber, saber para predecir, y predecir para poder*». Pero, si el *logos* se transforma en poder, no sirve para nada, puesto que se ha desnaturalizado.

Al anterior encadenamiento de la formulación comtiana, habría que añadir un eslabón final más: «*poder para servir*». Es decir, el fin al que está destinado el *logos* no es otro que el servicio; su aprehensión de la verdad, el saber qué se alcanza a través de él no es otro que el de saber servir. Pero no parece que éstos sean ni el uso ni la orientación dominantes que se hace del *logos* en la actual cultura.

En lo que respecta a la comunicación conyugal, *logos* hace relación también a la palabra, al verbo, a lo dicho, como manifestación oferente y oblativa de la intimidad de una persona que quiere donarse a otra.

Entramos, así, en el concepto de *eros*, del que me ocuparé en las líneas que siguen. Pero, antes de ello, considero oportuno reflexionar acerca de la interacción que constituye el nervio del diálogo entre *eros* y *logos*.

El *eros* dice relación a la afectividad, al descubrimiento del tú, al encuentro con el otro, al conocimiento de sí mismo en el otro. En la comunicación conyugal, *eros* es sinónimo de ternura, pasión, cuidado, solicitud, amor, admiración, compasión, etc. *Eros* es el modo en que se patentiza la afectividad como modo de ser de la persona.

Como tal —a pesar de que, durante muchos siglos, le ha sido atribuida como nota distintiva la mera irracionalidad—, al *eros* le compete un cierto conocimiento, la forma de conocimiento que está varada en la comprensión empática. *Eros* tiene que ver con la vida, con la vida que titila y vibra en lo que más de humano y apreciable ésta tiene. *Eros* dice relación al sentimiento, a ese modo de sentir en cuyas mayas se aprehende el valor significado por el otro. Y todos esos valores que percibimos y experimentamos respecto del otro —no se olvide— es lo que le avalora, lo que hace que, para nosotros, el otro valga, lo que le avala a la persona en su valor, el núcleo donde asienta la dignidad que, cuando lo encontramos, se desborda y da origen al entusiasmo que nos invade.

El aprecio del otro —la constatación de su carácter precioso, de su valor— habita, precisamente, en los valores que *eros* desvela. El aprecio por el otro, su atracción en tanto que apetecible, la peregrinación y búsqueda hasta su encuentro, y la alegría y el entusiasmo que

sigue a la unión con él, tejen, simultáneamente, la propia autorrealización.

Gracias al *eros*, una persona deviene significativa —la más significativa de todas, con mucho, en el amor esponsal— para el otro, hasta el punto de colmar sus anhelos, satisfacer sus ideales y facilitar el que pueda alcanzar su propio destino personal.

La función cognitiva propia del *eros* ha sido ignorada, omitida e, incluso, tergiversada. En cierta manera, estos errores son la consecuencia de haber confundido a *eros* con *pathos* (sentimientos) e instintos. Sin embargo, de *eros* depende la intuición del corazón, gracias a la cual el sentimiento hacia el otro tiende a identificarse con la realidad sentida del otro.

Esta afinidad «simpática» que se suscita entre ambos hincra sus raíces en la empatía, que, como han puesto de manifiesto las diversas aproximaciones fenomenológicas más recientes, es ya una forma de conocimiento. Tan es así, que, por la empatía, una persona se transvive o se desvive para vivir la vida del otro; dicho de otra forma, el compromiso empático conduce a la identificación entre el que siente y la otra persona como realidad sentida. Y no hay identificación mayor que la que acontece entre el cognoscente y la cosa conocida, entre el amante y la persona amada. Por eso, aunque en el caso de la empatía esa identidad se produzca por vía afectiva, satisface también, a su manera, lo que es propio del conocimiento, siendo ella misma un modo de conocer.

En el amor esponsal, esto es lo que hace que el sentir se transforme en con-sentir, la pasión en com-pasión, la vivencia en con-vivencia, y la unión en com-unión.

Dicho esto, nos encontramos con otras muchas dificultades en lo que a la comunicación conyugal se refiere. Por ejemplo, con el hecho de que, en el hombre, la comunicación está más penetrada por el *logos* (lo cual

no siempre es sinónimo de racionalidad), mientras que, en la mujer, está más vinculada a *eros* (lo que tampoco es sinónimo de sentimentalismo).

Tal afirmación no es sostenible de una forma absoluta, aunque, qué duda cabe, la mujer use más frecuente y profusamente el lenguaje gestual que el varón, además de usar más la comunicación verbal que este último en la convivencia doméstica. Sin embargo, esto no autoriza a hacer una atribución, por la que la comunicación femenina es siempre (y únicamente) afectiva, y la comunicación del varón, únicamente verbal.

Sea como fuere, el hecho es que la mujer experimenta una necesidad mayor de la comunicación empática, la ternura y el cuidado, que el varón. Esto también tendrá que modificarse en el futuro, puesto que tales atribuciones no deberían considerarse *in nuce* como naturales. Es obvio que, al respecto, existe la intromisión artefactual de un hábito rutinario que, probablemente, se ha transmitido de generación en generación entre los varones, hasta el punto de haber cristalizado en tópicos que hoy todos asumen, y nadie discute.

Éste es el caso, por ejemplo, de afirmaciones como las siguientes: la mujer y el hombre se diferencian en que, «cuando hablan, la mujer descansa, y el hombre se cansa». Si esto fuera así, habría que recomendar a los hombres que se inscribieran en un máster de comunicación conyugal antes de tomar esposa. Además, hay muchas otras variables a las que apelar para explicar tales diferencias, si es que éstas se dieran realmente. Es posible, por ejemplo, que la mujer se esfuerce más que el varón cuando se comunica con su esposo. De hecho, el varón silente, que sólo contesta con monólogos a su esposa, habitualmente mantiene conversaciones muy animadas cuando se encuentra con compañeros y amigos del mismo sexo. De otro lado, es posible que tales comporta-

mientos en el marido y en la mujer puedan relacionarse también con el hecho de que la mujer está más abierta y acoge mejor lo que le dicen porque da más; mientras que el varón habla menos porque escucha menos y, en consecuencia, se hurta más a la donación a su esposa.

Se ha dicho también que la mujer, en general, se siente más atraída por el discurso masculino que por el femenino, acaso porque aquél es, sin duda alguna, más abstracto, incisivo, lineal, simple y directo, características todas ellas que suelen ser menos frecuentes en el discurso femenino. El lector juzgará por sí mismo, aunque se le recomienda que, sobre este particular, no se precipite en sacar conclusiones, puesto que es mucho lo que todavía queda por investigar a este respecto.

Pero volvamos a las relaciones entre *logos* y *eros* en la comunicación conyugal.

Hasta aquí, hemos elogiado las características más relevantes y las funciones que pueden ser atribuidas al *eros* en la comunicación conyugal. Pero también *eros* tiene sus deficiencias y limitaciones, y algunas de ellas de fatales consecuencias. En el fondo, baste con recordar aquí lo que nos ha llegado a través de una literatura multiseccular, desde la cultura micénica, respecto de eso que se conoce con el término de las pasiones.

En efecto, las pasiones tienen muy mala prensa, y, probablemente, con bastante razón, especialmente si se desarticulan, si no están embridadas, sometidas y dirigidas por el *logos*. Por eso, quizás, se atribuyó a las pasiones el imperioso efecto de arruinar, disolver y aniquilar la biografía personal en el camino hacia su propio destino.

Según esta connotación, a las pasiones siempre hay que temerlas, y lo mejor que se puede hacer respecto de ellas es evitarlas, huirlas, escapar de su presencia. Esto parece estar muy puesto en razón. Pero acontece que una

pasión desarticulada de la razón —que es, precisamente, cuando ocasiona todos esos destrozos— es cualquier cosa menos una pasión propiamente humana. Entonces, es más bien el resultado de un *eros* que se ha convertido en instinto, es decir, en una pasión animal en la que la racionalidad se ha volatilizado y extinguido. En esas circunstancias, sin duda alguna, hay atracción, impulsividad, deseo transformado en acción, incluso acción irrefrenable. Pero ¿dónde está el querer de la voluntad?, ¿dónde los deseos del corazón?, ¿dónde la identidad y unidad de las personas a las que apunta el *eros*, según hemos observado líneas atrás?

Al llegar aquí, las dudas se multiplican. No, no conviene la sola razón —el *animus*—, como tampoco conviene el sólo sentimiento —el *anima* de los autores latinos— para la gobernabilidad de la propia persona. *Eros* no sólo es el núcleo del que irradia la ternura, la compasión, la comprensión empática del otro; de la misma forma que *logos* no es la fría y lacerante racionalidad, la brillantez alumbrada, el certero e inquisitivo dardo que golpea en el centro de la diana de la verdad. Ninguno de ellos puede entenderse como instancias monopolizadoras de la comunicación conyugal. Más aún, ambos se necesitan, sin que quepa excluir a ninguno de ellos.

Cuando *eros* se independiza de *logos*, cuando se abandona únicamente a sí mismo, el sentimiento se transforma en sentimentalismo, la pasión en violencia, la emoción en tiranía, la atracción en pulsiones, y el mero placer en orgía que deshumaniza a la persona. Cuando *logos* se independiza de *eros*, el orden se transforma en rigidez, la norma en absolutismo, la disciplina en rigor, la aprehensión de la verdad en falseamiento de la realidad, y la racionalidad en irracionalidad.

Como diría Pascal, sin *eros*, el *logos* se transforma en «espíritu geométrico», un espíritu férreo que no deja

ser en libertad el ser de cada persona y de cada cosa, y, por tanto, los deforma, tergiversa y desnaturaliza; sin *logos*, el *eros* se transforma en el «espíritu del caos», que, sin querer a nadie, usa a todos para la satisfacción delirante del propio yo.

Dadas las anteriores condiciones del ser humano, cabeza y corazón, pasiones e ideas, ternura y fortaleza, deben coincidir y estar compenetrados entre sí. Cuando el amor no está transido por la racionalidad, se transforma en sentimentalismo; cuando la racionalidad no está entreverada de amor, se convierte en manipulación.

Muchos de los problemas de la comunicación conyugal podrían entenderse —y también resolverse mejor— si *logos* y *eros*, razón y sentimiento, comunicación verbal y gestual fueran compañeros del mismo viaje y se concitaran en una armónica y parecida proporción en las interacciones entre personas.

Probablemente, la mayoría de las dificultades conyugales en la comunicación están varadas hoy en los dos hechos siguientes: en primer lugar, en que el varón opta única y ficticiamente por, lo que podría denominarse, los supuestos racionales de la comunicación humana, mientras que la mujer hace lo mismo respecto de la comunicación empática. Y en segundo lugar —y esto me parece mucho más importante, a pesar de que no se repare en ello por no haber sido atendido como debiera—, porque ni el hombre ni la mujer articulan, individualmente considerados y con independencia del otro, el fecundo diálogo intrapersonal que, previo a la comunicación humana, debería urdirse entre razón y pasión.

¿De qué le sirve a una persona sentirse querida si la otra no se lo manifiesta verbalmente? ¿De qué le sirve a una persona que, verbalmente, le manifiesten lo mucho que le quieren, si no se siente querida?

Es preciso esforzarse de manera que, cualquiera que sea la índole de las personas, traten de aunar palabras y sentimientos, expresión y recepción de emociones, es decir, los mismos afectos y las mismas razones que hacen posible la comunicación.

Y una cuestión más, cuya indagación más profunda dejo para el futuro, y sobre la que algún día volveré. ¿Conoce el esposo, por ejemplo, cómo quiere ser querida su mujer? ¿Está dispuesto a renunciar y modificar el modo natural en que él mismo expresa espontáneamente sus emociones, con tal de adaptarlas a su esposa, de manera que ésta se sienta querida? Cuando no se comunica así, ¿en virtud de qué principio puede sostenerse que el esposo se está dando por completo a su mujer? Lo mismo podría argüirse respecto de la esposa.

Algunos de los avatares y debilidades de la vida conyugal tienen sus raíces en este origen. Si, a cada uno de los cónyuges, sólo le importara querer y darse al otro, si sólo viviera para hacerle feliz, ¿tendría ojos para ver y oídos para oír dónde situar sus defectos?, ¿podría, realmente, percibirlos y apreciarlos como lo hace?, ¿insistiría tanto en ello y sólo en ello?, ¿sería capaz, entonces, de detestar tanto al otro cónyuge?

* * *

Amigo lector, en el libro que tienes en las manos, se pasa revista a algunos de los errores y lugares comunes en los que más frecuentemente se bloquea y obtura la comunicación conyugal. Los diez tipos de incomunicación conyugal que, a continuación, se describen constituyen un apretado elenco —ni completo ni exhaustivo— de las posiciones y de los puntos de vista en que suelen situarse las parejas para hacer almoneda de su comunicación interpersonal. En ellos, se ha puesto un es-

pecial énfasis en su carácter funcionalista, de manera que sean muy fácilmente entendidos.

Sin embargo, su vinculación a cuestiones antropológicas de mayor calado resulta obvia. Una cierta fundamentación de lo que sigue a continuación puedes encontrarla en el segundo fragmento de esta presentación. Es allí donde hallarás el marco de referencias y, por decirlo de alguna manera, la anticipación de lo que sigue. Apenas constituye una apretada gavilla con las espigas dialógicas más granadas y gravemente perturbadas en la comunicación de la pareja. Son como pequeñas raposas que rutinizan la vida conyugal, hasta que esta pierde la tersura, el frescor y la galanura que le son tan necesarios. Y son también, qué duda cabe, esas esquinas vivas y aceradas que acaban por amputar, en ocasiones, los sutiles hilos que configuran el tejido de la convivencia entre los esposos.

Cada uno de esos errores supone también una atalaya desde la que se contempla al otro. Y, claro, el punto de vista desde el que se percibe termina por cambiar lo visto, en función de cual sea la posición que se ocupe. Algunos de estos errores no llegarían a producirse si se contemplara al otro desde todos los puntos de vista simultáneamente posibles, es decir, desde la atalaya de quien tiene todo simultáneamente omnipresente. En todo caso, nuestra intención es tratar de acercar la comunicación conyugal a esa cumbre escarpada y difícil, pero inmarcesible.

Parodiando una afirmación de Platón, a propósito de la música, diría que la comunicación en la pareja es una ley moral, que aviva el alma del universo familiar, da vuelo a la imaginación, encanto a la alegría, y comunica vida a todo. Es la esencia del orden que conduce a todo lo que es bueno, bello, ponderado y hermoso.

El misterio de poder dar al otro la propia interioridad, sin que la pida, desvela la estructura abierta que es

la persona, así como su irreprimible necesidad de ser feliz. Pero, sobre esa apertura, pende una grave amenaza: la de buscarse a sí mismo en la comunicación con el otro.

Aquí sucede aquello que un autor del siglo IV ponía de manifiesto al desvelar lo que de más recóndito y doloroso palpitaba en su intimidad cuando, generosamente, nos la comunicaba: «*Todavía no amaba y ya amaba ser amado... Buscaba a quien amar, deseando ser amado*».

AQUILINO POLAINO-LORENTE
Sierra de Madrid, 7 de octubre de 1999